CAPÍTULO LXXXV. *Que los bergantines con gran industria se echaron en la laguna de Mexico*

ON ESTE MISMO TIEMPO, tuvo aviso Cortés que habían llegado a la Vera Cruz cuatro navíos de Santo Domingo con doscientos castellanos, ochenta caballos, armas y municiones y con ellos Julián de Alderete, que fue el primer tesorero que hubo de el rey en Nueva España. Partieron luego y llegaron a salvamento a Tetzcuco, con que Cortés acrecentó de fuerzas y puso diligencia en armar los bergantines; y como era a media legua de la laguna y en un arroyo de poca agua, hicieron, según lo escribió Martín López ocho mil indios, la zanja que dejamos dicho tan ancha que cupieron los bergantines y de trecho en trecho fueron haciendo presas para llevarlos y ingenios con que pasarlos de las presas; y estando amarrados se levantó tan gran borrasca de agua y viento, que si no se acudiera con grandísima diligencia se hicieran pedazos unos con otros. Halláronse piedras en la parte de la última presa y con picos y almadenas se hizo un deslizadero, para que soltando la presa, aunque con gran furia, sin peligro de el gran salto los bergantines, el uno tras el otro, diesen en la laguna. La mañana que se había de hacer se puso el ejército a la orilla de la laguna; díjose con gran solemnidad la misa de el Espíritu Santo, confesaron y comulgaron todos los castellanos, siendo el primero su capitán; bendijo el sacerdote los bergantines, dijo muchas oraciones y hízoles una plática muy devota sobre el servicio que hacían a Dios y la santa intención que en negocio tan de su servicio debían tener y cómo lo habían de ejecutar. Dada la señal, soltó la presa, fueron saliendo los bergantines, sin tocar uno a otro y apartándose por la laguna desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artillería, respondió la de el ejército, así de castellanos como de indios; díjose luego el *Te Deum laudamus*, porque negocio tal, y adonde fue menester gran diligencia e ingenio, hubiese sucedido tan dichosamente; y cierto que trece navíos tales, llevados sobre las espaldas de hombres veinte leguas, fabricados en tierra, adonde no había aparejo, ni experiencia de cosa ninguna de los materiales, fue obra de el cielo que con tanta felicidad se hubiese puesto en perfección.

Estando acabado negocio que tanto deseaba Fernando Cortés, envió a la Villa Rica a Alonso de Ojeda con cinco mil tlaxcaltecas por dos piezas grandes de artillería de hierro que había allí dejado una nave de Xamayca. Llegó a la Villa Rica, aunque teniendo diversas escaramuzas con los enemigos, desencabalgó los tiros, púsolos en unos lechos de madera y las cámaras en otros; de manera, que cada lecho traían veinte indios, remudándose a trechos; trajo también algunos barriles de sardinas para el ejército que nunca se vio harto de vitualla. Tuvo muchos reencuentros en el camino, porque como le vían embarazado con las cargas se le atrevían; pero los tlaxcaltecas peleaban valerosamente. En entrando en los términos de

Tlaxcalla le salían a recibir a los caminos con vitualla y de las casas de campo se la sacaban. Fue bien recibido y hospedado en Tlaxcalla, reposó un día, diéronle aquellos señores otros indios de carga y otra gente de guerra, porque aquella ya venía cansada; acudieron con gran voluntad a todo, no queriendo jamás oír los partidos que les ofrecían de ordinario los mexicanos, que aunque bárbaros hacían cuantas diligencias podían, públicas y secretas, para ayudarse, diciendo, que no faltarían por ninguna cosa, a lo prometido a Cortés. Vino Ojeda a dormir el primer día que salió de Tlaxcalla a Xaltocan, el segundo a Hueyotlipa, adonde descansó dos días y de allí vino a Calpullapan; y otro día, a dos horas de la noche, entró en Tetzcuco, y Cortés en pago de este servicio, y de los demás que había hecho y porque entendía y hablaba bien la lengua, le hizo general de ciento y ochenta mil indios que había en el campo.

Viendo Fernando Cortés que sus indios estaban desabridos, porque no se meneaban las manos con los mexicanos, salió al campo con treinta caballos y trescientos peones, y Ojeda con cuarenta mil tlaxcaltecas, dejando el ejército a cargo de Sandoval; y porque los de Tetzcuco no avisasen a los mexicanos, sin decir adonde iba, caminó por un lado de la laguna, la vuelta del norte y a cuatro leguas topó con un gran escuadrón de enemigos, embistiólos con los caballos, rompiólos; siguieron los tlaxcaltecas el alcance; mataron muchos; tomaron grandes despojos de mantas, rodelas, penachos y joyas. Durmieron aquella noche en el campo. Otro día se levantó el ejército, fue a Xaltocan, que estaba puesto en otra laguna diferente de la que está entre Mexico y Tetzcuco; y porque los del lugar, por la fortaleza de las muchas acequias, se burlaban de los castellanos, se arrojaron a ellos, el agua a los pechos; y aunque con pedradas, macanas, flechazos y otras armas resistieron y hirieron a muchos castellanos, fueron entrados, ganaron el pueblo, quemaron mucha parte de él; y con el mantenimiento que hallaron en él, pasaron una legua adelante, adonde hicieron noche, con harta poca cena. Partieron bien de mañana; toparon enemigos que sin osarles acometer daban grita. Llegaron a otro pueblo, dicho Quauhtitlan, cuatro leguas de Mexico; halláronle yermo, hicieron noche en él; pasaron a Tenayucan, dos leguas de Mexico, hasta donde entonces llegaba la laguna y no hallaron resistencia. Pasaron a Azcaputzalco, también sobre la laguna y a una legua de la ciudad. Llegaron a Tacuba, halláronla fuerte de gente y de acequias de agua, más anchas y hondas que las de los otros pueblos; y aunque los vecinos se pusieron en defensa, fueron entrados y muertos algunos; y como sobrevino la noche, Fernando Cortés determinó de aposentarse en la ciudad y estuvo con gran recato.